

GUILLÓ ARAKISTAIN, Miren 2023, *Sangre y resistencia. Políticas y culturas alternativas de la menstruación*, Barcelona: Bellaterra Edicions. ISBN 978-84-19160-34-8, 308 páginas

“No todo lo que sale de nuestro cuerpo es desecho”, escribía hace unos años una educadora menstrual radicada en Argentina. En la foto que acompañaba el texto, se podía ver la abertura de una copa menstrual contemporánea (de silicona) de la que salían gotas de sangre de distinto tamaño, pero con una misma cualidad: todas ellas manchaban la tela blanca sobre la que se apoyaba la copa. De esta sangre y de estas acciones habla el libro recientemente publicado por la antropóloga Miren Guilló Arakistain para la editorial Bellaterra, *Sangre y resistencia. Políticas y culturas alternativas de la menstruación*. Y lo hace apostando por un acercamiento autoetnográfico a las potencialidades de la agencia como motor para la resistencia y la transformación social. Haciendo suya la máxima según la cual “el cuerpo en la sociedad capitalista contemporánea es el lugar de la desigualdad social, pero también del empoderamiento” (paráfrasis de TURNER 1994, en ESTEBAN 2004A, 13), Guilló Arakistain se adentra en el campo de estudio sin temerle a las incomodidades que esta tensión pueda llegar a generar, en un presente donde la sofisticación de las racionalidades neoliberales se hace carne en cada vaciamiento y banalización conceptual.

Así, la autora se detiene en las prácticas corporales de 36 personas entrevistadas, 25 de ellas desde la propuesta teórico-metodológica de los itinerarios corporales (ESTEBAN 2004B), y asumiéndose en cada conversación y en cada escritura posterior como esa “observadora vulnerable” (BEHAR 1996) que no duda en dejarse afectar —y, por qué no también, erotizar— por un campo que la atraviesa desde mucho antes de explorarlo académicamente. Por eso mismo, sus primeros pasos como dinamizadora de grupos para la propuesta que compartió con Mireia Delgado denominada *Nomantxakolorea* (2006) se hilvanan con la asistencia a un total de 34 iniciativas distintas durante los años de trabajo de campo (2009-2019). Y, por eso mismo también, cada uno de los relatos cuidados de Teresa, Clara, Uxue, Luna, Maite, Unai, Leide y Maialen, se amplía y enriquece con la voz de otras tantas informantes, y se cierra con reflexiones generales y profundas en torno a los principales temas de conversación por parte de la antropóloga.

Amplio y diverso es también el abordaje que se lleva a cabo, tal y como se nos informa desde el mismo título, al referirse a las “políticas y culturas alternativas de la menstruación” y no al quizá más encorsetado —por universalizado— concepto de “activismo menstrual”. Sin descuidar el trazado de una genealogía necesaria —pues marca los primeros antecedentes para lo que hoy puede reconocerse como un campo incipiente, el de las “investigaciones críticas menstruales” (273)—, en la que se nombran los principales aportes antropológicos y feministas del norte global en torno a la salud, el cuerpo, el género y las emociones desde la segunda mitad del siglo xx hasta nuestros días, Guilló Arakistain reivindica la importancia del punto de vista *in situ* (258) para comprender la diversidad y heterogeneidad de experiencias, actrices/actores, propuestas y acciones que problematizan y/o tensionan lo que se denomina como “la ideología de la normatividad menstrual”.

Tal y como se señala en varias ocasiones, es a través de esta ideología que se produce un exceso de patologización de la vivencia y las corporalidades menstruantes (es decir, mujeres, hombres trans, personas no binarias e intersex), al mismo tiempo que se perpetúa y mercantiliza un estigma menstrual sustentado en la vergüenza, el tabú y el asco, entre otras muchas. Al entenderla como una hegemonía que regula conductas e identidades, cualquier acción que dispute o cuestione sus mecanismos e implicancias en el cotidiano puede ser susceptible de ser leída en clave resistente e, incluso, como motor de un posible cambio. Y es precisamente este último punto lo que convierte a esta investigación en un aporte fundamental, tanto para quienes nos dedicamos a indagar en las culturas (alternativas) del ciclo menstrual-ovulatorio, como para quienes buscan análisis feministas antropológicos desafiantes. Si, como demuestra la autora a partir de las relecturas de Julia Kristeva (1982) y de Judith Butler (2002), la vivencia abyecta del cuerpo menstruante lo hace ilegible y deshumaniza a quienes lo habitan, excluyéndolos de toda representación y definición discursiva (BUTLER 2006); darles voz, escucha atenta, narrativa y, sobre todo, pensamiento crítico en un libro de estas características puede adquirir la potencialidad disruptiva de una reparación y una re-humanización. En especial, para aquellos cuerpos que, aun y a pesar de su (re)existencia, siguen valiendo menos que otros.

En relación, se analizan las trayectorias vitales de 8 personas, poniendo el foco de manera especial en sus prácticas corporales y de vida, así como en las diferentes formas de enfrentar —no sin contradicciones— lo que para la autora constituye el *quid* de toda la cuestión: “la patologización y regulación de la menstruación y el etno-androcentrismo de la biomedicina” (192). Surgen, así, hallazgos de sumo interés, como la importancia que muchas de estas informantes otorgan a las redes afectivas a la hora de acercarse e incorporar propuestas

más alternativas; o el lugar central que ocupa la autogestión de la salud como herramienta no solo para el autoconocimiento sino para “las construcciones colectivas del saber” (246). También destaca el cuestionamiento a las lógicas de consumo que gobiernan los escenarios sociales actuales, reivindicándose las filosofías *DIY (Do It Yourself)* y *DIT (Do It Together)* como estilos de vida; así como la reapropiación y resignificación de ciertas emociones vinculadas —por exceso o por defecto— al ser mujer en la cultura occidental —el asco y el placer— como formas de transgredir o, al menos, de movilizar ciertos sentidos.

La pluralidad de voces y de experiencias también se ve reflejada en el abanico de propuestas que son mencionadas y desmenuzadas: tecnologías menstruales, talleres, encuentros, fanzines, performances, instalaciones de arte, etc., la proliferación de todos ellos lleva a la autora a insistir en la importancia de la constante politización de la temática abordada. De hecho, así como la autoetnografía constituye el principal aporte metodológico de este trabajo, la sospecha es, quizá, la contribución epistemológica más destacada. Como ella misma reconoce, más allá del potencial subversivo y la trascendencia simbólica que estas iniciativas puedan llegar a tener en las tramas socioculturales occidentales, no son universalizables a todas las experiencias menstruales ni son completamente superadoras de ciertas cuestiones como pueden ser la naturalización, el biologicismo y el etnocentrismo propios del sistema cultural en el que están insertas (260-1).

En sintonía con estas cuestiones, resultan de suma relevancia algunos de los planteamientos que lleva a cabo Guilló Arakistain en relación, por ejemplo, a las tecnologías menstruales y a su posible relectura en clave feminista. Partiendo del principio de que las tecnologías feministas son aquellas que colaboran en mejorar las capacidades de mujeres, personas trans y no binarias, se insiste en la importancia de no feminizarlas y, por supuesto, de no extender su alcance e impacto a todas las subjetividades y realidades menstruales, pues se corre el riesgo de borrar desigualdades sociales y de género estructurales. En esta línea, es clave la contextualización que la autora lleva a cabo de todas estas cuestiones dentro de una cultura neoliberal que se expande de las formas más sutiles y sofisticadas.

De esta manera, tan significativo es el desafío a la norma que nos proponen las historias individuales y colectivas analizadas, como la visibilización de algunas de estas operatorias neoliberales y sus paradojas: el *Purplewashing* es una de ellas, definida como el lavado de imagen que llevan a cabo algunas empresas comercializadoras de productos menstruales al incorporar un supuesto discurso feminista de liberación y emancipación. También lo es la consolidación de una cultura experta que prioriza procesos de profesionalización individuales por encima de opciones autoconvocadas y autogestionadas anóni-

mas. O lo que la autora denomina *cuerpocentrismo*, en un intento por resumir, en un único concepto, un excesivo culto al cuerpo y a sus supuestas *verdades* (157, 184). La mención a las hormonas emerge aquí para reforzar la mirada biopolítica de regulación y administración de aquellos cuerpos que, al desafiar la norma de un cuerpo masculino, blanco, occidental, son automáticamente patologizados.

En definitiva, a través de un análisis que incorpora aspectos de la antropología feminista, de la antropología de la medicina y de la antropología del cuerpo y de las emociones, Miren Guilló Arakistain nos adentra al mundo de las políticas y culturas alternativas de la menstruación para mostrarnos su heterogeneidad y dinamismo, y proponernos, a su vez, la necesidad de enfoques que estén a la altura de su objeto de estudio.

NÚRIA CALAFELL SALA
Centro de Investigaciones y Estudios sobre Cultura y Sociedad
CONICET y Universidad Nacional de Córdoba

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BUTLER, J. 2002, *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del "sexo"*, Buenos Aires: Paidós.
- BUTLER, J. 2006, *Vida precaria. El poder del duelo y la violencia*, Buenos Aires/ Barcelona/México: Paidós.
- ESTEBAN, M. L. 2004A, "Antropología encarnada. Antropología desde una misma", *Papeles del CEIC*, 12: 1-21.
- ESTEBAN, M. L. 2004B, *Antropología del cuerpo. Género, itinerarios corporales, identidad y cambio*, Barcelona: Edicions Bellaterra.
- KRISTEVA, J. 1982, *Powers of Horror. An Essay on Abjection*, Nueva York: Columbia University Press.